

MAREA NEGRA

LUIS PINEDA

LA ESCRITURA INVISIBLE



EDITORIAL
TERRACOTA **ET**

Capítulo II

Al camarote del capitán Alvino D'Costa se entra por una escalera que inicia en la cubierta del alcázar de popa. El acceso está protegido por dos puertas aseguradas, entre ellas, por pasadores y cerrojo con candado que se cierra con varias vueltas de llave. Tras las puertas se pasa a una antecámara en la cual destaca una larga mesa que en su extremo más alejado a la entrada está rematada por un sitial. Sobre la mesa, junto a unos vasos notoriamente deformados por golpes, tiene D'Costa desplegado un mapa en el que registra los progresos de la carraca durante la ruta; a un lado de la carta está el libro con los registros cotidianos del viaje.

Debajo del sitial, ingeniosamente disimulado por un falso piso de madera, está un hueco que contiene un arcón con cierre hermético; sólo el capitán conoce su ubicación y modo de abrirlo. En él guarda los documentos propios del barco, los registros de las transacciones comerciales y sus libros de ruta, todos ellos envueltos por una gruesa lona encerada que ajusta a base de complicados dobleces para aislar el contenido haciéndolo impermeable.

Los libros de ruta contienen los mapas y derroteros. Son el tesoro más preciado de todo capitán. Nunca salen de su camarote. En ellos se anotan las observaciones y actualizaciones que va haciendo durante el transcurso de las travesías. Es el propio D'Costa quien intencionalmente ha falseado sus propios registros. Ha introducido complejas claves propias

de un delirio alcohólico; sólo él puede descifrarlas. El ocultamiento tiene por objeto evitar que alguien que las robe o memorice pueda sacar algún beneficio; todo lo contrario, se puede anticipar que si algún piloto iluso se llegara a fiar de las anotaciones de tales libros, terminaría embarrancando su barco en algún escollo inesperado o bien tomaría rutas equivocadas que lo conducirían a perderse en las inmensidades del océano.

El *Empyreo* lleva una dotación de dinero en forma de monedas. Son treinta San Vicente, cuarenta y dos medios San Vicente, y algunos reais de diversa denominación. Con esta reducida provisión se cubren los salarios y gastos de avituallamiento. Las monedas están ocultas en un sitio diferente; el capitán las esconde en el doble fondo de su mesa. Tras la apariencia de una moldura en la cabecera. Los gastos mayores los cubre la Compañía Portuguesa de Guinea por medio de libranzas, desde su sede en Lisboa.

Antes de abrir las puertas de su antecámara para recibir a la esclava que ha ordenado le entreguen, D'Costa se cerciora de que el oro y los documentos estén resguardados en sus respectivos escondites. No teme a la negra; es la codicia de los tripulantes la que lo obliga a ser previsor. Enciende la lámpara de aceite que cuelga sobre la mesa; la iluminación es apenas suficiente. Las argollas que sostienen la candileja responden al balanceo del barco con lastimeros quejidos. Una mirada oblicua y rápida hacia la estantería le asegura que su provisión de aguardiente está completa, lista para servirse.

El capitán reconoce la voz de Daga, se levanta del sitial y se dirige a abrir las puertas de su antecámara. Daga y Matías llevan a la negra que ha ordenado para su entretenimiento, la hace pasar. Los mandaderos esperan afuera alguna respuesta:

—¡Cerdos malolientes! Cuánto han tardado en traerme a la *preto*, aquí la dejan y ya, sáquense a empiojar en otra parte —empuja a los marinos para que se alejen de las puertas. Detiene a Daga por el hombro y le espeta:

—Le recuerdo, infiel malparido, a las negras ninguno

se la va a follar por coño; sólo autorizo sodomizarlas. Desvirgadas o embarazadas a nadie le interesan. No lo olvide, usted, aborto de cerda, pagaré por ellas si las tengo que tirar al mar.

Daga se reserva, una vez más, el desprecio que siente por el capitán. No le responde; aprieta las nalgas, agacha la cabeza y apresura el paso hacia la cubierta.

D'Costa da vueltas a la llave, la retira de la chapa y la oculta en su ropa, también corre los pasadores. Camina a un lado de la mesa hasta la cabecera. Llena un vaso con aguardiente del que bebe y lo deja a un lado de la mesa. Se acomoda en el sitial y de inmediato se incorpora para dar dos pasos en dirección a donde se encuentra la negra, la que tiembla agachada con las rodillas en el piso. La encuentra enflaquecida, los ojos hundidos y la mirada perdida. Al respirar se le marcan las costillas. Regresa al sitial y la mira con detenimiento. La casi inmovilidad de la negra y la forma en que la lámpara ilumina su piel provocan en la mente de D'Costa un súbito retorno; la memoria lo transporta. Recuerda. Se ve ante una pared pintando. De golpe recalán agobiándolo las nostalgias de su juventud: cuando era ayudante de El Divino, en el Vaticano; ahí aprendió la técnica. Resuenan en su mente, como si escuchara en ese momento, las palabras que hace más de treinta años le dirigió su preceptor:

—Alvino, Alvino mire: la posición de la figura trasládela al muro, no precisamente como la capta su mirada; deje que sea su imaginación la que mueva la mano. Prolongue el trazo. Mire desde abajo, desde todos los lados; como si usted volara. Sienta cómo todo se alarga, la cara, los ojos, el cuerpo también, y déjelo que se ondule cual reptil. ¿Me capta? Torcido, sí, en escorzo. ¡Ay! Muchacho, si llega a pintar de esa manera, como si esculpiera. Manera, manera, resuena cincelandole las sienes la voz del maestro.

Apura hasta el fondo otro vaso de aguardiente y murmura:

—Mi maestro. Le decían El Divino. Pero su nombre era Mi..., Michelangelo Buonarroti.

Capítulo V

Un velero de dos mástiles es avistado en el horizonte por los vigías portugueses; arrumba hacia el campamento. Con maniobras precisas sortea los arrecifes y escollos que alevosos asechan a algún piloto incauto. A poca distancia de la playa tira su ancla para fondearse. La maniobra es seguida con ojos suspicaces por el jesuita y los sobrevivientes a la revuelta de los indios.

Se trata del *Speranza*, el cual, desde fecha reciente, es capitaneado por Alvino D'Costa. Desde la cofa, en el palo mayor, Alexandre, el gaviero, es quien avista las sombras con las que se delatan los escollos y pone en alerta al capitán, quien personalmente pilota la nao. De la embarcación se envía a tierra un esquife con soldados que llevan la instrucción de vigilar la seguridad del descenso y avisar al jesuita y a los colonos de los motivos de su visita.

El cura recibe a los soldados, quienes le informan que vienen especialmente a São João Baptista dos Indios en respuesta a la solicitud de ayuda que enviaron tras la rebelión de hace tres meses. Traen refuerzos armados y esclavos africanos que harán las faenas a las que los naturales se niegan. Interroga a los emisarios de D'Costa, desconfía. Los vigías lo tienen al tanto del avistamiento de navíos sospechosos. Teme que se trate de barcos holandeses, o peor, franceses; a ellos se les atribuyen crímenes y saqueos en los asentamientos portugueses para robar los productos de estas sus tierras, en

particular la valiosa madera de *pau brasa* y las aves tropicales las que, afirma contundente el cura, no les pertenecen a los herejes. Finalmente se convence de que no hay peligro y da su anuencia.

Desembarcan de la nao más soldados, caballos y una fila de esclavos negros. Los militares, armados de inmediato, organizan incursiones para vengar la muerte de sus compañeros. En un claro de la selva encuentran esqueletos humanos descuartizados y quemados, no aparecen los cráneos; las condiciones de los huesos carbonizados les hacen sospechar que los cadáveres fueron desollados y, tal vez, devorados por los indios. Recuperan, en los alrededores, algunos restos de armaduras. La búsqueda de los nativos es, de nuevo, inútil.

D'Costa no logra entablar una buena relación con el jesuita a cargo del campamento maderero; simplemente no tolera que se le ordene a él y a sus subordinados la participación obligatoria en rosarios, confesiones y misas; lo desesperan los constantes exhortos en contra de los pecados carnales, tema que obsesiona al clérigo. Condena lo que llama el vicio de Onán y es implacable contra la sodomía. Nada dice en contra de la violación de las indias y, si acaso, habla con desprecio del amancebamiento de algunos de los colonos portugueses con ellas y de la raza de mamelucos, como él los llama, que engendran. Afirma que esa unión sólo produce monstruosidades. Concluye sus sermones tratando de atemorizar a sus obligados escuchas con la invocación y descripción del infierno y sus castigos eternos. Por su parte, el capitán de ningún modo está dispuesto a soportar penitencias como la que desde que lo conoció le fue impuesta por el jesuita. Se queja ante sus marineros:

—Este cura del averno es peor que la Inquisición: en qué cabeza de cangrejo podrido se le ha ocurrido pensar que beber algún aperitivo, como yo lo hago, pueda significar un pecado del que deba arrepentirme, y todavía se atreve a ordenarme en una misa, ¡en público!, “dejar el aguardiente y el

vino; bebidas que corrompen el alma y enferman los cuerpos”. No, no, que lo obedezcan sus esclavos y los soldados a los que tiene sometidos con sus infiernos, prédicas y rezos.

El conflicto de mando y la evidente falta de cumplimiento del castigo obligan al capitán a permanecer en la nao; pretexto su propio rosario de actividades relacionadas con la marinería. Busca en causas absurdas las razones para retirarse de la jurisdicción eclesiástica y continuar libre sus exploraciones y pillerías en la costa. Aunque en realidad lo que le importa es que nadie se interponga entre él y su rutinario consumo de aguardiente.

Desde el barco el capitán vigila, con su catalejo, movimientos fuera de lo habitual; en la meseta de São João Baptista, su rival, el cura jesuita, tiene un grupo de esclavos acarreado piedras, madera, conchas de ostra y arena. Con larga zancada mide y marca los límites de una excavación. D’Costa se siente atraído por los preparativos de la obra que, anticipa, será diferente a las chozas y galeras que habitan la aldea. Decide desembarcar e interrogar al cura acerca del objeto de tales actividades.

—Voy a levantar, aquí, un templo. Construido con materiales durables —le responde el jesuita, el cual está agachado con pala en mano cavando una cepa— sustituirá la capilla de madera y palma que tengo que reparar cada año.

—¿Padre...? —D’Costa titubea: ha olvidado el nombre del cura; para alargar y manifestar sin ofenderlo el olvido, repite—: ¿Padre... emh?

—Soy Antonio Oliveira, capitán D’Costa, soldado de Ignacio de Loyola.

—Por supuesto. Padre Antonio, mire su merced... —el capitán inclina la cabeza— si podemos contribuir a tan noble propósito con algún material o servicio, los del *Speranza* estaremos prestos a hacerlo, así que mande...

El jesuita aprovecha la oferta para solicitarle que con el auxilio de su brújula y los instrumentos del barco, el capitán señale con precisión el norte. D’Costa accede y hace las

precisiones que le ha solicitado. El cura, transformado ahora en ingeniero se auxilia con unas reglas de ángulo para marcar con delgadas líneas de bejuco los límites precisos de los futuros muros. El capitán, extrañado de ver el instrumento que usa el predicador, mismo que recuerda haber visto usar a expertos carpinteros marinos, pregunta acerca de su utilidad y procedencia. El cura responde:

—Capitán D’Costa, esta regla en forma de ángulo recto es un patrón que usan los arquitectos árabes para marcar con precisión inigualable las esquinas; lo llaman escantillón. Este, el mío, fue un regalo que me hizo un maestro de la construcción, el arquitecto Alí Ben Yusuf, en un viaje que hace años hice a Granada, por mandato de nuestro primer general de la Compañía, para instruirme en sus conocimientos y arte.

Se hace un silencio turbio. El capitán recuerda de golpe, como el chasquido de un látigo, el tiempo en que fue alumno en un taller de pintores, allá, en Italia. El Divino... mi maestro... Buonarroti.

La boca se le seca y percibe el tufo agrio que, él sabe, emana su cuerpo.

—Capitán... D’Costa, noto temblor en sus manos — imposta la voz el padre Antonio, cuando retoma el diálogo—. ¿No será alguna de esas fiebres? Lo noto ojeroso y pálido.

—Sí, su merced, es cierto: no me siento bien. Mejor sería que... ¡bah! Nada de importancia... mejor, mejor, sí, sí regreso al *Speranza*, de inmediato, a tomar mi medicamento...

—Creo que la medicina que se administra, capitán, sólo pospone su agonía. ¡Aléjese de la bebida! Busque a Dios. Puedo escucharlo en confesión... si así lo desea.

—No, no lo deseo —la cara de D’Costa se ensombrece, las arrugas de su frente se profundizan—. Lo mío no es materia de confesión y no...

Da media vuelta y se aleja. Sus pasos son acompañados por cavilaciones que lo oprimen. ¿Por qué?

El cuerpo le exige la bebida, apresura su andar y se reembarca.

Capítulo VIII

El fogón del *Empyreo* recibe un nuevo ayudante; se trata de El Rana, quien ha sido asignado para auxiliar en la preparación de la comida. Los encargados de los alimentos a bordo son Daga y Joaquim. Daga cuida el almacenaje y distribución de las provisiones, las cuales tiene celosamente resguardadas en el interior de un pañol al que se accede por el castillo de proa. Joaquim es, entre otras cosas, el guisandero. Daga lleva ante él al prospecto de ayudante. Lo acerca al brasero donde el cocinero tiene ya encendido el fuego: sobre éste, en la marmita de hierro, hierve un caldo del que emana el tufo de grasa rancia.

El guisandero recibe al esclavo casi sin voltear a mirarlo; sabe que este joven es propiedad del piloto y no quiere tener conflictos con él sobre sus propiedades y preferencias. Se dirige al negro y señala los objetos a que se refiere mientras habla:

—En el brasero debes mantener vivo el fuego —señala con el índice la flama— y evitar a toda costa que el viento arrastre las chispas fuera de él —se agacha y sopla sobre las brasas, mueve la cabeza hacia los lados negando—. Y mucho menos que algún carbón encendido salga del cuadro de la arena —los señala y vuelve a negar con la cabeza y la mano—. Más te vale, negro patas de rana, que aprendas rápido —acerca su cara a la del negro y con voz autoritaria concluye— o te aseguro que pasarás por la panza de los dentuzos.

El mozalbete negro asiente con la cabeza, trata de imitar las acciones que Joaquim le indica. No sale de su asombro; estar cerca de la comida le significa la posibilidad de sobrevivencia y poder estar en la cubierta, sin cadenas.

Desde la caña del timón, Daga observa: el marmitón negro es apenas un rapaz. Advierte en el muchacho signos de que ha iniciado su transformación física para convertirse en adulto. Le agrada la armonía de su cuerpo: brazos y piernas largos y delgados, pero sobre todo la ambigüedad de género en sus facciones. Lo encuentra adelgazado. Mantiene fija la mirada en la línea que divide la espalda y se continúa en las nalgas: alargadas, firmes, pequeñas y sin redondeces, le evocan rectángulos. Ante esta imagen, Daga rememora la audacia y la agilidad que mostró su ahora protegido, pero en especial el significado de la acción. De alguna manera se ve a sí mismo cuando tuvo que saltar el muro del viejo prostíbulo de Rabat, en él vivió siempre y ahí mismo se inició como mancebo. Escapó tras acuchillar a un compañero de pupillaje. No pudo tolerar que aquél recibiera la preferencia de un asiduo cliente, un mercader judío, a quien él atendía con regularidad. Lo que mira el negrero es amplificado por su memoria; le provoca sudor en las manos y un hormigueo en la entrepierna. Se toca por encima del pantalón, comprueba el inicio de una erección.

Esa misma noche, Daga lleva al aprendiz de marmitón al interior de la bodega de alimentos. Extrae de por debajo de su camisola un puñal curvo, con él, corta un trozo de queso duro y lo ofrece a El Rana. El mancebo lo toma de inmediato con ambas manos y lo devora con ansiedad. En seguida el piloto le acerca algunas galletas de mar que siguen el mismo destino. El esclavo no advierte que el interior del alimento está infestado por gorgojos. Daga hunde un vaso de madera en el interior de un barril de agua dulce, le agrega unas gotas de vinagre y algo de azúcar para ocultar el olor fétido que el líquido almacenado emana. Lo ofrece al negro, quien con mirada sorprendida lo acerca a sus labios y de

un sorbo bebe todo el contenido. Las miradas se cruzan. Los ojos negros de Daga someten y otorgan, por sí solos, su posición de mando.

El Rana inclina su cabeza y baja los párpados. Se hinca ante su benefactor y coloca las manos con las palmas en el suelo. En esta actitud, casi inmóvil, se mantiene por unos instantes. Daga se dirige a un estante, retira el corcho de un pequeño barril: vierte aceite de olivo en sus manos y lo aplica al cuerpo de El Rana, iniciando por la espalda. Éste levanta la cabeza y torna confundido a mirar al negrero. Las miradas les dicen a ambos lo que seguirá. La boca de Daga se aproxima a la del rapaz y se unen en un prolongado beso. Ambos hombres se saben excitados. Daga, perro viejo en tales asuntos, continúa aplicando aceite en la espalda y en las nalgas del mancebo. Le introduce en el ano dos dedos, los gira lentamente sin retirarlos. Mañoso, se coloca en posición propicia y empuñando su mástil con una mano retira del orificio los dedos de la otra y lo penetra. Un quejido vibra y se ahoga en los costales de grano que yacen tumbados uno arriba del otro en el estrecho depósito. El negro, sorprendido por el dolor, permanece casi inmóvil hasta que poco apoco siente que la molestia deja de serlo para transformarse en una sensación quemante que se traslada a su verga. Sin poder contenerse, eyacula delgados chisguetes. Las sensaciones se agolpan súbitas apoderándose de él. Contrae el cuerpo en un espasmo sostenido que provoca en Daga un largo gemido.

En el exterior de la bodega, los marinos están ebrios y enfurecidos: una de las esclavas mordió en el carajo al Gaviero Alexandre cuando trataba de forzarla. La herida no es profunda, tan sólo han quedado las marcas de los dientes en la piel. De las pequeñas cortadas escurre un hilo rojo. El marino controla el sangrado apretándose con la mano su virilidad. La herida profunda no es ahí, está en el orgullo; no la puede soportar. Entre varios marinos atrapan e inmovilizan a la agresora. La amarran a una de las bordas.

Capítulo X

Ma-e Mamba detecta lo valioso que son para los portugueses las piezas de metal dorado. Escucha y mira, atenta. Reconoce que son causa de enfrentamientos y división entre ellos. También está al tanto del interés y emoción que se refleja con la algarabía y gritos que dan cuando lanzan unos huesos de forma cúbica con puntos o los alardes que hacen de las estampas de cartón con las que forman combinaciones; en ellas están las mismas piezas doradas, espadas y otras figuras. Recuerda que en el *Empyreo* vio al capitán cuando guardaba otras piezas doradas parecidas a las que ahora intercambian en sus juegos los blancos. En su mente están grabadas las señas que descubrió bajo la mesa y la forma de guardar y extraer el cajón en que ocultaba el metal tanpreciado. A base de observar y escuchar por horas a los blancos, la Mamba ha descubierto algunos de sus escondites y también entiende algunas palabras, las repite e imita su entonación. Adivina la intención que tienen de robarse unos a otros. Al espiar constantemente las actividades del campamento maderero ha descubierto, también, que hay tres indias ocultas por los portugueses. Están aparte del campamento, pero a corta distancia de él. El *babalao* de ropas negras las ha encontrado en algunas ocasiones, lo que ha provocado que cambie su actitud tranquila: niega con la cabeza y la cara se le enrojece; les dirige palabras en voz alta y les señala sus cuerpos y luego hacia las montañas. Les acerca alguna ropa. Las indias lo ven,

parece que nada entienden y terminan sonriendo entre ellas. Las ropas y telas que el *babalao* les ofreció quedan en el lugar en el que él las puso. Ellas sólo hablan en su lengua. Cuando cesan las palabras del *babalao* y les da la espalda retornan al interior de la chozas y permanecen ahí. A dos de ellas les nota que tienen el vientre crecido.

Ensimismada en sus observaciones desde su escondite en lo alto de un árbol, la Mamba instintivamente se agacha para reducir su cuerpo. La han sobresaltado los gritos de los soldados. No sólo ella, todo el campamento se alerta por las voces: un grupo de soldados asciende hasta la meseta por los escalones tallados en la tierra. Los que suben son los que dan voces de aviso. Traen sujeto por los brazos a un hombre negro, el cual se sacude con energía, trata de zafarse de sus captores. A la negra se le hace un hueco en el estómago y la boca se le seca cuando identifica que el negro a quien traen sujeto es su compañero, El Rana. Supone que lo han descubierto en la playa; recuerda que él gusta de esconderse entre las pilas de troncos de *pau brasa*.

Con la cara alterada por el miedo, sudorosa y gesticulando, los soldados arrastran al joven negro. Se acercan refuerzos, los que con una larga pica de madera y punta afilada lo amagan obligándolo a caminar. Los soldados que aguardan para relevar a los captores les señalan que este esclavo no tiene en el pecho la marca de hierro que los demás llevan. El alboroto y las voces de los portugueses suben de tono y se percibe más confusión.

Llevan a El Rana ante el *babalao*, quien hace señas en cruz sobre su propio cuerpo y boca que concluye con un beso al amuleto que trae pendiente del cuello. Dirige al prisionero algunas palabras, parecen preguntas. El negro no comprende. La cara se le transforma: los labios entreabiertos, la mirada fija, suplicante y aleteo en la nariz. El de ropa negra insiste, lo conmina con palabras y gestos a expresarse, el esclavo le responde:

—*A-ra, A-raaaaá*

—¿La rana? ¿Dice rana? —el *babalao* dirige sus preguntas y su mirada a los soldados, quienes han obligado al compañero de la Mamba a postrarse ante los símbolos que se le muestran. Los militares permanecen callados. Se miran interrogándose con ademanes entre ellos.

Ma-e, desde su escondite, observa aterrada la cara de su compañero: los ojos ahora miran de un lado a otro y parece que quisieran saltársele de la cara, los labios están reseco y partidos. Todo su cuerpo suda y se retuerce. La pica de madera lo obliga a mantener el cuerpo humillado. El *babalao* hace unas marcas en el aire por encima del cuerpo postrado del cautivo; levanta la mirada al cielo, dice para sí mismo algunas palabras que la mujer apenas alcanza a oír y no las entiende; es un idioma extraño. Los soldados arrastran al fugitivo hasta el corral de los esclavos, en el centro del *quadrado*. Lo arrojan en su interior para de inmediato encadenarlo junto a los demás negros.

Ma-e Mamba tiene que contener el impulso de ir a reunirse con su compañero. Ella, menos que nadie, puede correr riesgos; tiene presente su condición de libertad. Y de ser la única mujer negra en el entorno, lo cual le hace temer que sufriría el mismo destino que sus compañeras en el *Empyreo*. Se esconde tras el denso follaje del árbol. Sube hasta ramas delgadas, casi a punto de doblarlas. Desde ahí puede observar mejor las actividades en el campamento. Se ata a la rama para no caer, con bejucos gruesos improvisa una cuerda. Permanece el resto de la tarde y la noche en duermevela. La mañana es brumosa, le impide ver con claridad, aunque percibe el movimiento de los portugueses y escucha el chirriar de las cadenas. Éste último le produce náusea y arqueo. Se contiene, la niebla se empieza a disipar y la vista se aclara. El horizonte hasta el mar tiene una línea amarilla. Mira con atención al grupo de soldados que han desencadenado a El Rana y lo conducen de nuevo ante el *babalao* que viste de negro. La Mamba no puede escuchar, el viento no es favorable y están distantes de ella, pero la actitud del grupo le traduce que el

Capítulo XII

La Mamba lleva varios días observando el mar y el cielo nocturno. Espera el sangrado de la luna llena y su acompañante: la marea baja. Las imágenes de un sueño reciente regresan obsesivamente a su memoria: evoca que el manto azul de *Yemanjá* la acompañó en un viaje a las profundidades del océano. No supo cómo, pero ella misma no tenía piernas; esa parte del cuerpo se le transformó en la de un pez. Aunque lo que en verdad la inquieta es cuando recuerda que a la divinidad no le podía mirar la cara. Por eso se le acercó y lo que vio fue su propia cara en el lugar del rostro de la *orixa*...

Por fin, sale de esas cavilaciones. Observa el astro nocturno en su redonda plenitud: es el impulso que necesitaba la negra. Decidida, deja su escondite en las inmediaciones de la playa. Atraviesa la duna y mira un tronco que flota indolente cerca de la orilla. Se abraza a él y lo lleva, con el favor de la corriente, hasta las rocas de coral cercanas al naufragio. Con algunas dificultades logra dejar atrapada su primitiva balsa entre los huecos del arrecife.

Un chapaleo es el único rastro que deja su cuerpo en la superficie. Inicia la inmersión: está familiarizada con el interior del camarote. La luminosidad es pobre, por lo que recorre a tientas las marcas de los ensambles de la madera del piso; detiene su deslizamiento sobre un borde, con los dedos aprisiona algo, lo jala y cede. En la superficie comprueba que es una pieza dorada. La conserva apretada entre sus dientes.

Un extraño pensamiento le hace tomar la decisión de regresar al fondo, sólo que esta vez toma la dirección hacia la escotilla de la bodega. A ese lugar no ha tenido el valor para entrar, a pesar de que el paso está libre. Le teme. Sin dudar se introduce en la bodega. Desciende. La visibilidad es pobre: se guía a tientas hasta rozar con la mano los eslabones de una cadena. El frío del metal le quema la mano. Los recuerdos golpean su mente. Ahí estuvo ella, encadenada. Aprieta un eslabón y jala la cadena. Deformado por el agua, escucha el quejido del metal que se arrastra. Con ambas manos se ayuda y sigue el tramo que ha tensado hasta llegar a una argolla. El miedo y el hambre de aire la obligan a salir a la superficie. Tiene los párpados y los ojos enrojecidos. Con ambas manos toca su cara para quitarse el agua salada. En la bodega no encontró nada y eso sencillamente la tranquiliza. Sufrimiento, enfermedades, hambre y dolor de los suyos han desaparecido. No hay nada en las bodegas del barco, sólo el vacío y la marea negra de su recuerdo.

Cansada y confusa, la Mamba regresa a la playa. Como siempre, busca el abrigo de la selva costera para esconderse. De su boca extrae la pieza dorada que rescató en la antecámara de D'Costa, mira su brillo y calcula. Finalmente, al igual que los portugueses, decide ocultarla en el pliegue natural de una rama del árbol de *pau brasa* en cuya sombra se cobija. Siente que hay algo que la liga a la naturaleza del entorno, ella y esa selva son como una sola cosa. Ella y El Rana son los únicos de su raza que sobrevivieron al hundimiento del *Empyreo*. La súbita revelación que tuvo en la bodega acerca de la muerte inevitable, le produce un escalofrío. Pero hay algo en esa naturaleza que la rodea que tiene algo más de lo que está visible, un misterio que habita en el mar y en los árboles. Toma su cabeza con ambas manos y se ovilla en posición fetal. El cansancio gana la partida.

Vuelve a soñar con el manto azul, su manto. Le infunde ánimo y vigor. La presencia acuática vive y es ella misma. Despierta renovada: ha perdido el temor.